

## CRÓNICA

### RESTAURACIÓN EREMÍTICA EN ESPAÑA

Después del Concilio de Trento los obispos tuvieron que organizar y reglamentar la vida de los ermitaños existentes en sus diócesis. Santa Teresa de Jesús, en su libro de las Fundaciones, nos relata un hecho que se refiere a esa situación: dios ermitaños, los hermanos Mariano de San Benito y Juan de la Miseria, obligados a elegir entre ingresar en una Orden religiosa o la renuncia a su ideal de vida solitaria, según las normas emanadas por el Concilio, se agregaron a la naciente Descalcez del Carmen<sup>193</sup>. Durante la Edad Media en Europa la tendencia a la vida solitaria halló amplio campo para ejercitarse: en pequeñas comunidades, un poco como las “lauras” orientales, o solos, como guardianes de iglesias o santuarios, metas de peregrinación, o capillas que, a lo largo de los caminos, ofrecían un alto piadoso y un poco de reposo. De hecho, aun hoy llamamos “ermitas” a las capillas solitarias. Las grandes Ordenes tuvieron también su parte en este movimiento: Cluny y el Cister; en el siglo XII; y en el siglo XV las así llamadas “Observancias” cisterciense, benedictina, franciscana, dominica<sup>194</sup>. Algunas Órdenes nacieron de un núcleo de solitarios que buscaron perfeccionar su vida religiosa con el pasaje al cenobitismo o a una forma más comunitaria de anacoretismo: la Cartuja, los Ermitaños de San Agustín (con la unión de 1256), los Jerónimos de España y de Italia.

Pero no todos los que se retiraban al desierto lo hacían para buscar la contemplación en la entrega total a Dios. Por ello el Tridentino tuvo que encarecer a los obispos que controlaran esa “huida al desierto” con formas institucionales que, en España, han durado hasta nuestros días<sup>195</sup>. En esta breve nota sin pretensiones científicas, queremos referirnos a la restauración de la congregación eremítica de San Pablo y San Antonio Abad, antigua ocupante del Desierto de Belén en la sierra de Córdoba, España, que había sido suprimida en 1957, incorporándola a la Orden de Carmelitas Descalzas, con decreto de la S.C. de Religiosos del 7 de julio de 1957<sup>196</sup>.

---

<sup>193</sup> *Libro de las Fundaciones*, C. 17

<sup>194</sup> Sobre el eremitismo medieval en sus diversas manifestaciones, ver el volumen colectivo: *L'eremitismo in Occidente nei secoli XI-XII*, Milano, Vita e Pensiero, 1965. Sobre los ermitaños en las Ordenes monásticas: J. LECLERCQ: *Pierre le Vénérable et l'érémisme clunisien*, en: *Petrus Venerabilis, Studia Anselmiana* 40, Roma 1956, pp. 99-120; *Problemes de l'érémisme. L'érémisme et les cisterciens*, en: *Studia Monastica* 5 (1963) 208-212. Sobre el movimiento eremítico en el seno de las diferentes Observancias: E. DELARUELLE, E. R. LABANDE, P. OURLIAC: *L'Eglise au temps du grand schisme...* pp. 1031 ss., vol. XIV de FLICHE-MARTIN: *Historie de L'Eglise*, Paris, Bloud et Gay, 1962. Una historia del eremitismo la ofrece: P. ANSON: *The call of the desert*, London, SPCK, 1964 (trad. fran.: Paris, Cerf, 1967), llena de buena voluntad pero lacunosa y que necesita complementos y correcciones como las aportadas por G. M. COLOMBÁS: *La llamada del desierto*, en: *Yermo* 2 (1964) 291-302.

<sup>195</sup> Sobre el eremitismo español, desde sus orígenes hasta la actualidad, véanse las actas publicadas de la VI Semana de Estudios Monásticos, celebrada en Leyre en 1963 sobre el tema: El eremitismo en España. Existe además una discreta literatura, no siempre de primera mano. Las congregaciones aun con vida son, además de la restaurada cordobesa de que trata la presente nota, la de Mallorca y la de Murcia. Mosén Bartomeu GUASP ha publicado profusamente sobre los ermitaños mallorquines. Cito solamente su: *Vida ermitaña a Mallorca des del segle XIII a l'actualitat*, Palma 1946. Los orígenes y la historia de los ermitaños de la Luz, extramuros de Murcia, son más oscuros, y un libro reciente, de carácter edificante, no agrega mucho a lo que sabíamos: José MUÑOZ MARTÍNEZ: *Los hermanos de la Luz*, Murcia, Editorial La Verdad, 1958.

<sup>196</sup> Sobre las Ermitas de Córdoba, la obra más completa, aunque no muy crítica y bastante anticuada es: Manuel GUTIÉRREZ DE LOS RÍOS y PAREJA-OBREGÓN, marqués de las Escalonías: *Memorias que se conservan de algunos ermitaños que han existido en la sierra de Córdoba... e historia de la actual congregación de Nuestra Señora de Belén*, Córdoba, El Diario de Córdoba, 1911. La continúa un n° especial de la revista “Miriam” (Sevilla), año XIII, enero-febrero 1961, n. 73, dedicado a las ermitas de Córdoba.

Situado en un lugar hermosísimo, dedicado a Nuestra Señora de Belem, a unos 14 kms. de carretera de Córdoba, el Desierto cuenta con un conjunto de construcciones que lo hacen muy pintoresco. Además de la Ermita Mayor, que comprende residencia del Superior y del Capellán y los lugares conventuales y de la iglesia, hay 13 celdas diseminadas en la propiedad.

La sierra estuvo poblada por ermitaños desde tiempos remotos: una tradición poco probable hace remontar la vida monástica en esa región al obispo Osio, el amigo y defensor del grande Atanasio de Alejandría. Como quiera que sea, el lugar ha sido habitación de solitarios desde la expulsión de los moros, y entre las personalidades más relevantes se menciona a fray Vasco, uno de los fundadores de la Orden jerónima y el que la introdujo en Portugal y Mateo de la Fuente, fundador de los Basilio de Tardón. Un Gregorio López, en el siglo XVI, pasó de Córdoba a Méjico, donde continuó su vida penitente. En 1583 los ermitaños prestaron obediencia al obispo diocesano y recibieron de él una breves reglas, sucesivamente revisadas y completadas varias veces, la última en 1927 y que les rigieron hasta su extinción en 1957. Después de la supresión no todos los hermanos aceptaron ese destino pasivamente; un grupo se reunió en otra localidad con la finalidad de mantener en vida la venerable institución. Las ermitas se encuentran hoy ocupadas por pocos frailes carmelitas, según cuentan algunos visitantes, en bastante mal estado.

La observancia era rigurosa, la vida simple. La soledad estaba temperada por los actos comunes: coro y refectorio. Es verdad que en los últimos tiempos el nivel espiritual no era el de las mejores épocas: Los siglos XVII y XVIII, con religiosos de auténtica santidad. Los ermitaños eran gente simple, laicos, atendidos espiritualmente por un sacerdote deputado por el Ordinario, que hacían lo posible para santificarse en la oración y la penitencia, dentro de los límites de su desierto. Se ocupaban en faenas humildes, fabricaban escobas, cucharas de palo, rosarios; trabajaban en el campo, y antes también salían a mendigar. Les faltó renovarse, ponerse al paso con el ritmo de la vida moderna, pero sobre todo, renovarse espiritualmente, en la piedad, en la formación teológica. Con todo esperamos que un proceso de renovación bien orientado produzca sus efectos.

Un primer indicio es la restauración de la congregación cordobesa, comenzada en febrero de 1962, en el santuario del Saliente (Albox, Almería). Una de las intenciones originales, hoy abandonada, era la fundación de un Desierto en la Argentina, en una propiedad que les ofrecían en la provincia de La Pampa. La vida en el Saliente reproduce la observancia de Córdoba, según las constituciones de 1927. En 31 de mayo de 1968 esta nueva congregación ha sido erigida canónicamente en la diócesis de Almería. Actualmente está en construcción un nuevo monasterio en Cazorla (Jaén) al cual esperan poder trasladarse próximamente. No han renunciado a la idea de recuperar las Ermitas de Córdoba, y confían que volverán algún día a habitar en ellas.

Es de esperar que las congregaciones eremíticas españolas, herederas de un largo pasado, rico en espiritualidad aunque poco conocido, puedan continuar dando su testimonio de fe. Las condiciones en que han vivido durante los últimos decenios conspiran contra ello, pero las virtudes de sencillez y humildad, de dedicación, de penitencia y sacrificio, de amor a la soledad, que han cultivado siempre y han sido su característica más fuerte, pueden ser los elementos de una vuelta a la autenticidad eremítica. En nuestro siglo se advierte un retorno del eremitismo, basado justamente, en esos principios. Las pequeñas congregaciones podrán incluirse en esa corriente, si saben vencer el aislamiento y el temor de entrar en contacto con los hermanos en la vida monástica para buscar juntos su camino; si aprovechan las ventajas que ofrece el mundo moderno para la instrucción y la formación humana y espiritual; si, sobre todo, atentos a la voz de Dios y a las exigencias de la fe en nuestro tiempo, se esfuerzan por ser fieles a su vocación. Lo cual, con esperanza, rogamos y deseamos.